

NUEVOS EXTRACTOS

DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS
EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA



Discursos pronunciados en el Acto de Ingreso
Como Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de
DANIEL INNERARITY

Suplemento 22-G del Boletín de la RSBAP

DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN
2017



Julián Serrano, Amigo de Número
Daniel Innerarity, nuevo Amigo de Número



Daniel Innerarity, nuevo Amigo de Número
Juan Bautista Mendizabal, Amigo de Número
(Presidente Comisión de Gipuzkoa)
Juan José Álvarez, Amigo de Número



Juan Bautista Mendizabal, Amigo de Número
(Presidente Comisión de Gipuzkoa)
Daniel Innerarity, Nuevo Amigo de Número
Juan José Álvarez, Amigo de Número

AGURRA / SALUDO

Juan Bautista Mendizabal Juaristi
EAEko Presidente Gipuzkoa
Presidente de la Bascongada en Gipuzkoa

Arratsaldeon eta ongi etorri guztioi gaurko ekitaldi eder honetara. Daniel Innerarityren Euskalerriko Adiskideen Elkartean sarrerako saiora.

Bienvenidos, Agintariak, Amigos y Amigas de la Bascongada, familia y amigos de Daniel, miembros de Gubernance, y a todos los que habéis llegado hasta este salón de actos Ghandi aretoa del Palacio de Ayete, Bakearen eta Giza Eskubideen Etxean. Bereziki Eskerrik asko ekitaldi hau antolatzen lagundu diguten guztioi.

Es este un acto académico en el que se reconoce como Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos de País a Daniel Innerarity.

Con nosotros está el espíritu del Conde de Peñaflores. Aunque no estamos en su palacio, el de las tertulias del XVIII de Intsausti en Azkoitia, sí estamos en un lugar semejante de encuentro, de inquietudes y de compromiso, donde se tejen muchas de las ideas que inspiran el mejor gobierno de este País. Estamos pues en la casa desde donde se reflexiona y conforma nuestra historia presente. En ella Daniel Innerarity investiga y desarrolla diversos aspectos de la idea de gobernanza con objeto de renovar el pensamiento político de nuestro tiempo.

Hoy estamos muy interesados en conocer las últimas ideas de este genial filósofo que nos dedicará su lección de ingreso, con un tema muy actual, titulado **“El gobierno de las sociedades complejas”**.

Daniel Innerarity, munduko pentsalari ospetsuenetako bat dugu. Él ha recibido numerosos y muy prestigiosos premios a lo largo de su vida, tal y como podemos leer en la biografía que figura en la invitación para el acto de hoy. El nuestro, el de la Bascongada es un reconocimiento a su labor como ideólogo, como arquitecto del pensamiento, a su labor como amigo del País. Un reconocimiento que nos prestigia mutuamente y aúna, como hace una década se decía, nuestras sinergias en pos de la mejora de Euskal Herria, del viejo sueño del bienestar Bascongado. Nuestro querido amigo y Amigo con mayúsculas, miembro de número de la Bascongada, Juan José Álvarez Rubio le brindará las palabras de recepción. Juanjo, amigo personal, que le conoce durante tantos años, nos presentará la personalidad de este sabio.

En definitiva venimos a homenajear su pasión y su compromiso por el País. *Izpiritu kritikoan oinarrituriko pertsonak, askez osatutako herri aske eta ondorioz herri anitz batekiko konpromisoa.* Porque si algo caracteriza la vida de Daniel, es precisamente su carácter de hombre ilustrado de profundo saber y amplias redes siempre al servicio del País. *Herriko eta herrirako gizona, alegia, etorkizun oparago baterako bidea erakusten digun lemazaina. Una luz en un mar de incertidumbres. Zu etxerako, Daniel!* Seguro que tu aportación a la decana Bascongada, fundada 25 años antes que la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, le seguirá dando vigor y actualidad en este siglo XXI.

Ahora adquirirá, Daniel Innerarity un compromiso que en palabras del Conde de Peñafiorida dice:

“No basta en adelante el ser buenos Amigos, buenos Padres de familia y buenos Republicanos. La profesión que abrazamos hoy nos constituye en mayores obligaciones. Hasta aquí podíamos

ser solamente nuestros, ahora debemos ser todos del Público. El bien y utilidad de éste han de ser los polos sobre el que giren nuestros discursos. El infundir a nuestros conciudadanos un amor grande a la virtud y a la verdadera sabiduría, y un odio mortal al vicio y a la ignorancia, y el procurar todas las ventajas imaginables al País Bascongado. El empeño es arduo sin duda alguna. No desistáis pues de él, amad vuestro Patrio suelo, amad a las personas, y en fin mostraos dignos Amigos del País, dignos Amigos de la humanidad entera”.

Eskerrik asko eta aurrera Daniel.

PALABRAS DE RECEPCIÓN

Juan José Álvarez Rubio
Amigo de Número

Arratsaldeon guztioi, Euskalerrriaren Adiskideen Elkarteko lehendakaria Juan Bautista laguna, Daniel Innerarity, laguna eta Adiskidea, agintariok, lagunok, ongi etorri denori. Neretzat ohore handi bat da harrera hitzak ematea gaur ekitaldi honetan. Eskerrik asko bereziki Danieleri, zure hitzengatik, oso erreflexio polita, sakona eta interesagarria iruditu zait, benetan.

Inoiz baino gehiago izan behar dugu gogoan Elkartearen sorburu izan ziren balioen esanahi sakona. Gure nortasun-ezaugarriei eustea eta jasotako ondare historikoari leial izatea ez daiteke izan ohitura hutsez egiten dugun zerbait; aitzitik, beren garaiari aurrea hartzen jakin zutenei zor diegun aintzatespena da.

Zuk esan duzun bezala, Wolframioaren seme-alabak gara; ez gaitzala itsutu silizioaren postmodernitate xarmagarriak. Ongi egindako lanarekiko gustua eta guztion onura sozialaren alde erantzukizun indibiduala eta kolektiboa baliatzea; ezinbestekoa da balio horiei eustea eta dagokien balioa ematea. Banakako ego eta handikerietatik urruntzen den altruismo intelektuala eta proiektu baten gainean ikuspegi berbera izatea, horiek izan behar dute gure jardunaren erreferenteak.

Presaka bizi gara, hausnartzeko eta lasai eztabaidatzeko astirik gabe. Ordulariaren mende bizi da politika. Dena egin behar dugu azkar. Presak oraina harrapatzen du, eta iraganaz ahazten gara, baita haren irakaspenez eta etorkizunerako proiektioaz ere.

La reflexión que suscita tu excelente lección de ingreso, querido Daniel, demuestra tu apuesta por la política como forma de cohesionar la sociedad. Ese atinadísimo análisis sobre la complejidad de la sociedad moderna, inherente al proceso de toma de decisiones en cualquier ámbito de nuestra vida es una excelente muestra de tu labor creadora como filósofo. Tengo el placer de poder compartir contigo este proyecto, el Instituto de Gobernanza Democrática (Globernance) cuya sede en este precioso palacio de Aiete acoge hoy a los miembros del Bascongada para oficializar y materializar tu ingreso en nuestra RSBAP. Y he de decir que a tu brillantísimo Curriculum y tus dosis de creatividad, a tu capacidad de elevar el pensamiento político a la altura de la filosofía se une la principal virtud que tus amigos apreciamos: tu manera de ser, tu bonhomía, la sencillez unida con la bondad en tu carácter.

No resulta difícil encontrar el hilo conductor de tus reflexiones, siempre presididas por una visión críticamente constructiva de la política, reflexiones a veces desde un cierto pesimismo constructivo, como diría Sartori, porque aunque la política invite al desapego y a la indignación siempre encuentras la forma de convencernos de que la política debe resolver los propios problemas de la política, y que sin ella y sin políticos tendríamos una sociedad menos justa y menos democrática.

El binomio Política y Derecho no siempre casas muy bien: vivimos formalmente (la realidad, como tantas veces, va por otro raíl) en un Estado democrático y de Derecho. Con esta afirmación la Constitución pretende subrayar que la legalidad y la seguridad jurídica deben presidir el ejercicio de la convivencia en demo-

cracia. Suena muy bien y parece difícil contravenir u oponerse a tal máxima o principio, pero la apelación recurrente a la misma para impedir el desarrollo de otros valores y principios democráticos merece cuando menos una reflexión.

El recurso del político inmovilista, el argumento de quien desea seguir protegido por el pseudomovimiento, es decir, por parecer que se avanza, que hay dinamismo social y político para en realidad volver de nuevo al mismo sitio se llama siempre legalidad. Una legalidad pétrea, marmolea, rígida, inflexible, inadaptada a las nuevas realidades sociales es el reducto perfecto para quien desde la política persigue imponer la fuerza de la inercia como si ésta formara parte de una especie de orden natural de las cosas.

Tal y como señalaba con acierto el profesor Ramón Martín Mateo el mundo del Derecho, el de la legalidad, y los hombres y mujeres juristas deben comportarse como ingenieros sociales. En efecto, debemos garantizar el respeto a aquellas normas imperativas de conducta esenciales para la convivencia pero debemos al mismo tiempo tender puentes en lugar de elevar muros y diques, debemos proponer soluciones en lugar de imponer permanentemente sanciones, debemos mostrar el camino de adaptación y adecuación del Derecho y de la legalidad a la realidad y no al revés, como con frecuencia sucede en nuestra sociedad. Rara vez logramos este objetivo porque el Derecho casi siempre llega tarde, va por detrás de la sociedad y sus problemas y genera con frecuencia más problemas que aquéllos que pretende resolver.

Habría otros muchos ejemplos que citar. Lo relevante es conceptuar el Derecho como un producto social cuyo principal objetivo ha de ser normar las relaciones sociales, fijar un orden racional que pauté conductas y, sobre todo, una herramienta al servicio de la sociedad. De hecho, nuestro término técnico en euskera, “Zuzenbidea”, camino recto, corresponde a la denomi-

nación heredada del Derecho romano y revela el sentido de una sana convivencia entre Derecho y sociedad.

Ello significa huir de utilizaciones torticeras o fraudulentas del Derecho, supone eludir meandros normativos que encubren auténticos fraudes de ley. Esta premisa exige huir de simplificaciones siempre estériles e injustas y ha de suponer también no caer en la demonización de conceptos, porque la realidad jurídica es mucho más compleja de lo que los habituales discursos políticos pretenden hacernos ver desde un maniqueísmo tan superficial como perturbador.

La gran diferencia entre unas sociedades y otras no se llama legalidad, se denomina cultura política, cultura democrática. Para los ingleses o los estadounidenses, dos de los mejores ejemplos de construcción democrática, imperfectas pero consolidadas, asentadas y con un nivel de madurez que cabe envidiar desde nuestra poca cintura jurídico-política, la realidad se construye de forma dinámica, atendiendo a lo que los ciudadanos directamente o a través de sus representantes proponen. Y es la legalidad, la realidad jurídica la que se adapta a esa exigencia de dinamismo.

En nuestro caso ocurre exactamente lo contrario: primero se construye la realidad jurídica, el bloque de legalidad y ha de ser la vida social, la realidad social y política la que deberá encajar sí o sí en tal dimensión legal preestablecida. Y lo que no encaje en la misma es rechazado, porque conforme a esta rígida concepción lo que no existe en la ley no debe existir ni ser reconocido en la dimensión social o política.

Tu labor de reflexión, Daniel, ha servido para tratar de comprender un poco mejor ese neologismo conceptual denominado "Gobernanza", pasando así del gobierno a la gobernanza, un concepto para la renovación de la política. Este nuevo concepto es tan impreciso como esperanzador. Sirve para referirse a nuevas realidades que no estaban bien cubiertas por otros términos

tradicionales, al tiempo que contiene una expectativa de renovación de la política, después de décadas en las que el discurso ha oscilado entre la planificación tecnocrática y el desánimo de la ingobernabilidad. En el plano político, se refiere a las nuevas formas de gobernar dentro o más allá del estado nacional; en el ámbito económico este concepto es utilizado para referirse a la regulación de los mercados o la organización interna de las empresas; los juristas analizan desde esta perspectiva cuestiones que van desde la reforma de las administraciones a la función del derecho en un mundo globalizado.

El concepto de gobernanza, entendido en un sentido amplio, alude a un cambio profundo en la acción social y las formas de gobierno de las sociedades contemporáneas, que deben resituarse en medio de un ámbito, no exento de tensiones, configurado por el estado, el mercado y la sociedad, y en un contexto marcado por la globalización, la europeización y la interdependencia. En la ciencia política la gobernanza expresa una transformación de la estatalidad en las democracias, que se ve obligada a transitar desde formas jerárquicas y soberanas hacia modalidades más cooperativas. La idea de gobernanza trata de hacer frente a la circunstancia de que en muchos ámbitos políticos se han disuelto los límites del estado tanto frente a la sociedad como frente al contexto internacional. Y en el discurso económico la gobernanza se refiere al hecho de que el funcionamiento de los mercados solo puede ser entendido correctamente si se analiza con una perspectiva sistémica, es decir, teniendo en cuenta las formas de coordinación no mercantiles que configuran esos mercados.

Como brillantemente has expuesto en tus escritos, todas las reflexiones que están en el origen de ese cambio de perspectiva sobre la política que se contiene en el vocablo “gobernanza” parten de esta constatación. Tenemos un problema con la política, un problema que no se arregla mejorando los instrumentos de los que disponemos sino cambiando de problema; no es que tengamos bien identificado el problema y nos falle únicamente

el instrumento con el que pretendemos solucionarlo. Nuestro desacierto es más radical: ha cambiado la función de la política y seguimos pensando que lo único que deben cambiar son las soluciones, haciendo que la misma política sea ahora más eficaz o modificando el formato.

Nos han enseñado que vivimos, efectivamente, en una sociedad descompensada: entre la euforia tecno-científica y el analfabetismo de valores cívicos, entre la innovación tecnológica y la redundancia social, entre cultura crítica en el espacio de la ciencia o en el mundo económico y un espacio político y social que apenas se renueva.

Quisiera terminar apelando a tu ámbito más querido y trabajo: los valores, el complejo binomio de ética y política, proyectado en esta caso a nuestra sociedad: El signo de los tiempos que vivimos parece marcado por la autarquía, el egoísmo, el egocentrismo, el sálvese quien pueda, la autocomplacencia, la ausencia de autocritica, mirar siempre hacia fuera para tratar de encontrar algo o alguien a quien criticar y hacer responsable de todo, reprochar a la “autoridad”, sea del tipo que sea. Éste parece ser ahora el deporte nacional y el analgésico social ante el virus de la indignación y del cabreo.

Necesitamos personas con competencia técnica, comprometidas con valores como la ética, el esfuerzo, la solidaridad, la transparencia, la responsabilidad, el conocimiento, el compromiso, el respeto mutuo y la confianza. Y necesitamos también hacer realidad un modelo productivo en el que la empresa sea el resultado de un proyecto compartido, basado en la confianza entre empresarios y trabajadores, socialmente responsable y actor principal en la tarea de generar riqueza y empleo.

¿Nos exigimos a nosotros mismos la misma sinceridad, honestidad, rigor, atrevimiento, solidaridad, firmeza o flexibilidad que exigimos a los poderes públicos?; ¿Ansiamos de verdad regenerar la vida política sin atender previamente a un examen

sobre nuestros respectivos comportamientos en las esferas sociales que ocupamos?; ¿No es cierto que en el fondo existe una estricta correlación entre lo micro y lo macro, como en todos los órdenes de la naturaleza?

Dirigir una empresa o una organización o ejercer un cargo de responsabilidad colegial, empresarial, institucional o política consiste en hacer las cosas adecuadamente. Liderar esas mismas entidades, sociedades o instituciones es algo más: consiste en hacer las cosas adecuadas. Sin principios ni valores que marquen el norte o el rumbo de ese liderazgo, no hay camino por recorrer, porque aquél que valora más sus privilegios que sus principios acaba perdiendo más pronto que tarde ambos. No resulta difícil tomar decisiones, incluso en tiempos de crisis como los actuales, cuando uno sabe cuáles son sus valores. Y si éstos existen será posible acuñar un nuevo modelo de trabajar y de servir a la ciudadanía, un modelo cercano, humanista, con valores que hagan posible la coordinación entre la gestión competitiva y cohesionada con una visión solidaria y una política social sostenible.

Hay, por encima de cualquier otro diagnóstico, una necesidad de regeneración ética de nuestra sociedad. Nuestro sistema de derechos se “nutre” de esa carencia de actitudes y valores, generando un insaciable e infinito egoísmo aunque aparente ser lo contrario, al quedar revestido de una falsa solidaridad social disfrazada bajo la cultura de la queja y del cabreo.

Con humildad, propongo huir del fácil maniqueísmo (yo soy de los buenos, la “casta” son los malos, ajenos a mi sociedad) y valorar con sinceridad si cada uno de nosotros hacemos en nuestro entorno, en lo “micro” (familia, trabajo, ocio, amistades, estudios), todo lo que está en nuestras manos para revertir la situación y regenerar la convivencia en sociedad, que debe ser construida desde los valores de respeto, responsabilidad compartida y solidaridad.

Recogiendo una visión de modelos geopolíticos planteada brillantemente por el Prof. Gurutz Jauregui, no podemos pretender conquistar mercados a la usanza del viejo imperio romano, por poner el ejemplo de lo que durante buena parte del siglo XX representó EEUU hasta la era Obama, a la que sigue ahora la incertidumbre del tiempo populista marcado por la personalidad ególatra de Donald Trump; en todo caso, Europa ni tiene capacidad ni va a plantearse nunca imponer geopolíticamente nuestro modelo en un mundo abierto mediante el recurso a la violencia o la fuerza, sería absurdo, ineficaz y éticamente inadmisibile.

Igualmente estéril sería pretender convertirnos en los fenicios del siglo XXI, que hoy día vienen representados por los países del sudeste asiático (China, India). Desde nuestra dinámica empresarial y social no tiene sentido pretender operar o funcionar con una estricta dinámica de abaratar costes, porque el sacrificio de derechos sociales en el altar de la competitividad no nos ha hecho ni nos hará ni mejores ni mas sostenibles.

¿Qué modelo debemos reivindicar y profundizar en el siglo XXI? debemos retomar el denostado por muchos modelo de la Grecia clásica, el modelo anclado en valores, en la superación de la dimensión empresarial como una mera suma de capital y trabajo, en la concepción de la empresa y de la sociedad como un conjunto de personas unidas por un proyecto, una nueva cultura de empresa basada en la confianza recíproca. Hay que buscar alternativas al modelo tradicional de forma compartida. Si esperamos a que la mera inercia del sistema cambie la tendencia, si pretendemos aplicar recetas hasta ahora aplicadas, si nos limitamos a buscar culpables a los que reprochar lo negativo nunca lograremos asentar una nuevo modelo de convivencia social y laboral.

Poner el acento sincero en las personas y no en una mera operación de marketing, pensar en ellas como las verdaderas

palancas del cambio garantizará el éxito de un cambio de época. Conseguir personas motivadas, que crean en un proyecto empresarial al que sentirse unidas o vinculadas, en el que sentirse importantes y protagonistas, cada uno en su papel y con una responsabilidad compartida es la clave del éxito, porque un grupo de personas motivadas es el único motor que nunca se gripa, que nunca falla.

¿Cómo lograr esa catarsis, esa revolución silente pero imprescindible en el que cada vez cree más gente? con una comunicación interna sincera, transparente, continuada. Con una relación colaborativa, que genere un sentimiento de pertenencia, con un nuevo modelo interno de relaciones laborales basado en el respeto y en la colaboración mutua entre personas, anclada en un liderazgo ejemplar. Ya no basta con pedir implicación, colaboración y compromiso, hay que ser capaces de inspirar para generar esa actitud en cada una de esas personas, dando sentido y valor a la función que éstas ejerzan dentro de la empresa.

Hay que pasar del “decir” al “hacer”. Los hechos son las nuevas palabras, no basta con pedir colaboración, hay que colaborar; no basta con exigir compromiso, hay que comprometerse; no basta con quejarse de la falta de implicación, quien dirige la empresa ha de ser el primero en implicarse. Es un reto apasionante y factible. En particular, pensando en los jóvenes, estos nuevos valores abren un campo donde puedan desarrollar su potencial para tener personas motivadas. La cultura de ocho horas y desconecto ya no vale ni motiva. Todos, desde la universidad, los centros de formación, la empresa debemos preparar a nuestros jóvenes a una cultura de trabajo diferente.

El tejido empresarial vasco necesita, más que nunca, una verdadera y mayor interacción entre empresa, sociedad y universidad. Empresa y Universidad responden a culturas, valores y misiones diferentes, pero deben coordinarse más y mejor, deben ir de la mano, deben apostar por la superación de modelos

de gestión que les convierten demasiadas veces en compartimentos casi estancos dentro de la sociedad.

Hay que poner en marcha estrategias globales y coherentes de formación y de desarrollo de la inversión en capital humano, hay que adaptar los sistemas de educación y la formación en respuesta a nuevos requisitos de competencia. Es un propósito, un reto fácil de expresar pero complejo de lograr: alcanzar la eficiencia y la equidad en los procesos de educación y formación.

La existencia de una clase empresarial y directiva de gran calidad y generaciones con elevados niveles de preparación y formación han permitido afrontar las incertidumbres y riesgos derivados de la creciente globalización de la economía. Y nuestros valores tradicionales como pueblo vasco, como sociedad y como ciudadanos han estado vinculados al esfuerzo, al espíritu emprendedor, a la defensa de lo común por encima de lo individual, a la reivindicación de la función social de la propiedad, a la solidaridad colectiva.

No debemos renunciar a nuestras señas de identidad, a nuestros principios y valores, porque lo contrario puede llevarnos a una autocomplacencia que siempre frena la laboriosidad y las ganas de seguir mejorando. Profesionalidad, responsabilidad, motivación, adaptación a las cambiantes circunstancias actuales, afán de mejora continua: éstos han de ser los motores de nuestra sociedad.

La crisis nos ha mostrado cómo no hay tiempo para la auto-satisfacción. Pese a ello se aprecia una cierta falta de sentido crítico en nuestra sociedad. La distancia entre el sector público y el privado se ensancha y ambas vertientes de nuestro entramado social parecen responder a pautas o exigencias de gestión y de funcionamiento interno muy distintas.

Generalizar siempre es injusto, pero la percepción social más extendida es que solo el mundo privado se ha adaptado a las

nuevas circunstancias por exigencia de los mercados, una adecuación a la nueva realidad motivada por la necesidad de sobrevivir, mientras que el sector público mantiene unas inercias alejadas de las exigencias que la realidad que nos rodea plantean.

Avanzar en mejorar la gobernanza, la transparencia o el buen gobierno es un paso en la buena dirección, pero en la dimensión interna de funcionamiento de nuestro mastodóntico sistema de administración pública no parece haber calado todavía la exigencia de adaptación a las nuevas realidades y retos.

Para conseguir que el sector público se transforme y juegue el papel que le corresponde se necesita voluntad política, visión y consenso. Y es igualmente necesario que el sector público y el privado se entiendan y colaboren para abordar retos comunes y recuperar la confianza recíproca necesaria para actuar con unos mismos objetivos compartidos.

Ojalá, querido Daniel, tus mensajes como el de hoy calen y lleguen a nuestra sociedad, porque reflexiones así son la base para no caer en el desánimo ni en la inercia derrotista, superados por valores como los que enarbola desde su creación nuestra Bascongada, que hoy se honra con tu ingreso como Amigo de número. Tu reflexión seguirá siendo siempre uno de nuestros faros, Daniel, Zorionak!

EL GOBIERNO DE LAS SOCIEDADES COMPLEJAS

Lección de Ingreso en la
Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País
Euskalerrriaren Adiskideen Elkartea

POR:
DANIEL INNERARITY

Sala Ghandi, Casa de la Paz y los Derechos Humanos
(Palacio de Aiete) Donostia-San Sebastián
16 de diciembre de 2016

Euskalerrriaren Adiskideen Elkartean zenbakizko bazkide bezala onartua izatea ohore handia da niretzat. Elkarte honek beste edozeinek baino hobeto laburbiltzen du herri honen tradizioa, izpiritu ilustratua, jakin-min intelektuala eta ezagutza hori gizartean eta erakundeetan hedatzeko borondatea, gurea-rekiko maitasuna eta pentsamolde irekia. Eskertzen dizuedan ohore bat da honakoa eta bereziki eskerrak eman nahi nizkioke elkartearen presidentea den Juan Bautista Mendizabali.

Aieteko Jauregian gaudela kontuan izanik, hau da, Gobernantza Demokratikoaren Institutuaren egoitzan, zuen baimenarekin, aukera hau probestuko dut institutuko nire kideei ere eskerrak emateko. Bereziki, nire laguna den Juan José Alvarezen laguntza eskertu nahi nuke, elkarrekin hasi baikenuen abentura hau orain dela urte asko, erakunde politiko eta egungo gobernantzaren inguruan hausnartzeko gune bat sortu nahi izan genuenean. Nirekin sarrera ekitaldi honetan egon nahi izan duzuenoi ere eskerrak eman nahi dizkizuet. Eskerrak ere gure institutuaren motorra den Mikel Cabellori ekitaldi hau antolatzeagatik. Ez nuke aipatu gabe utzi nahi ekitaldi honen prestaketa ibili den Harbil Etxaniz elkarteko kidea ere.

El lema del los caballeros de Azkoitia aspiraba a unificar la pluralidad y estos conceptos pueden entenderse de muy diversas maneras. El gran problema de las ciencias y de las sociedades es cómo articular lo diverso, respetando la diversidad pero sin renunciar a la unidad necesaria. Esto vale también para el gobierno de las sociedades, desde los ámbitos más próximos hasta las escalas globales. Nuestros ilustrados lo entendieron muy bien

y por eso impulsaron la ciencia, pero también la industria, la educación y la política. No encontramos hoy frente a unas tareas que podrían calificarse como el intento de repensar la Ilustración o, si se prefiere, de llevar a cabo una nueva Ilustración en un contexto bien diferente de aquel en el que se movían los caballeros de Azkoitia. Permittedme que aporte mi reflexión personal a este proyecto en un campo muy concreto, el de la teoría de la democracia, sin duda uno de los que con más urgencia conviene reflexionar. Pretendo retomar aquel ideal ilustrado de la unidad del conocimiento desde la perspectiva de cómo articular ciencias de la naturaleza y ciencias humanas (concretamente, la filosofía política) en torno al proyecto de la elaboración de una teoría de la democracia compleja, el actual objetivo de mi investigación, en el que llevo metido unos cuantos años y me ocuparé sin duda algunos más.

Mi hipótesis es que nuestros sistemas políticos no están siendo capaces de gestionar la creciente complejidad del mundo y son impotentes ante quienes ofrecen una simplificación tranquilizadora, aunque sea al precio de una grosera falsificación de la realidad y no representen más que un alivio pasajero. Quien hable hoy de límites, responsabilidad, intereses compartidos tiene todas las de perder frente a quien, por ejemplo, establezca unas demarcaciones rotundas entre nosotros y ellos, o una contraposición nada sofisticada entre las élites y el pueblo, de manera que la responsabilidad y la inocencia se localicen de un modo tranquilizador. Entre las cosas que hacen más soportable la incertidumbre, nada mejor que la designación de un culpable, que nos exonere de la difícil tarea de construir una responsabilidad colectiva.

En medio de la confusión el recurso más socorrido es ponerse en contra de algo. Más que elegir, se “deselige”; hay mucho más rechazo que proyecto en nuestras sociedades democráticas. Estos comportamientos del “soberano negativo” manifiestan una profunda desesperación: no se vota para solucionar sino para

expresar un malestar. Y, en lógica correspondencia, son elegidos quienes prefieren encabezar las protestas contra los problemas que ponerse a trabajar por arreglarlos. Por eso la competencia o incompetencia de los candidatos es un argumento tan débil. Lo decisivo es representar el malestar mejor que otros.

Por supuesto que no basta con estar indignados para tener razón, ni los llamados “perdedores de la globalización” (o quienes así se llaman sin serlo o sin serlo en exclusiva) tienen una mayor clarividencia acerca de lo que nos conviene; la cólera, tantas veces justificada, no nos exime de hacer análisis correctos y proponer soluciones eficaces para la solución de los problemas denunciados.

No acierta a mi juicio quien juzga el actual incremento de los extremismos a partir del precedente de los movimientos antide-mocráticos que dieron lugar a los totalitarismos del siglo pasado. A diferencia de aquellos, estos utilizan un lenguaje democrático. Lo que ocurre es que tienen una idea simplista de la democracia y absolutizan una de sus dimensiones. Por eso no haremos frente a esta amenaza mientras no ganemos una batalla conceptual que haga inteligible y atractiva la idea de una democracia compleja. La democracia es un conjunto de valores y procedimientos que hay que saber orquestar y equilibrar (participación ciudadana, elecciones libres, juicio de los expertos, soberanía nacional, protección de las minorías, primacía del derecho, autoridades independientes, rendición de cuentas, deliberación, representación...). No hay democracia sin popularidad, efectividad y legalidad, pero tampoco donde una de esas dimensiones se impone o excluye a las otras.

Los nuevos populismos tienen una retórica democrática porque toma una sólo de estas dimensiones y la absolutiza, desconsiderando todas las demás. Por esta razón, a tales amenazas en nombre de la democracia, a su mutilación simplista, solo se les

hace frente con otro concepto de democracia, más completo, más complejo.

Lo primero que nos enseña un concepto complejo de democracia es que la democracia es un proceso. Una democracia de calidad es más compleja que la aclamación plebiscitaria; en ella debe haber espacio para el rechazo y la protesta, por supuesto, pero también para la transformación y la construcción. No hay buena vida pública ni se toman las mejores decisiones cuando se decide sin buena información (como fue el caso del Brexit) o con un debate presidido por la falta de respeto hacia la realidad (de lo que hizo gala Trump). Tampoco hay una alta intensidad democrática cuando la ciudadanía tiene una actitud que es más propia del consumidor pasivo, como un público de *voyeurs* al que se arenga y satisface en sus deseos más inmediatos y al que no se le sitúa en un horizonte de responsabilidad.

La implicación de las sociedades en el gobierno debe ser más sofisticada que la que se pone en juego en las lógicas plebiscitarias o en la agregación de preferencias a través de la red; ha de ser entendida como una intervención continua en su propio autogobierno a través de una pluralidad de procedimientos, unos más directos y otros más representativos, mediante lógicas mayoritarias y otras que no lo son, donde sea posible rechazar pero también proponer, con espacios para el antagonismo pero también para el acuerdo, que politicen y despoliticen los asuntos según lo que convenga en cada caso, que permitan la expresión de las emociones tanto como el ejercicio de la racionalidad.

Hemos de trabajar en favor de una cultura política más compleja y matizada. Uno de nuestros principales problemas tiene su origen precisamente en el hecho de que cuando las sociedades se polarizan en torno a contraposiciones simples no dan lugar a procesos democráticos de calidad. ¿Cómo promover una cultura política en la que los planteamientos matizados y complejos no sean castigados sistemáticamente con la desaten-

ción e incluso el desprecio? ¿Cómo evitar que sea tan rentable electoralmente la simpleza y el mero rechazo? ¿Por qué son tan poco reconocidos valores políticos como el rigor o la responsabilidad? Sólo una democracia compleja es una democracia completa.

La política que actúa actualmente en entornos de elevada complejidad no ha encontrado todavía su teoría democrática. Tenemos que redescubrir el mundo contemporáneo con las categorías de globalización, saber y complejidad. La política ya no tiene que enfrentarse a los problemas del siglo XIX o XX sino a los del XXI, que exigen capacidad de gestionar la complejidad social, las interdependencias y externalidades negativas, bajo las condiciones de una ignorancia insuperable, desarrollando una especial capacidad estratégica y aprovechando las competencias distribuidas de la sociedad civil. Si la democracia ha efectuado el tránsito de la polis al estado nacional, de la democracia directa a la representativa, no hay razones para suponer que no pueda hacer frente a nuevos desafíos, siempre y cuando se le dote de una arquitectura política adecuada. Si la democracia liberal propia de la era industrial permitió hablar de la “inteligencia de la democracia” (Lindblom), su utilidad y eficacia para una sociedad global del conocimiento más compleja y con mayores demandas es todavía una cuestión abierta. Una teoría de la democracia compleja como la que estoy proponiendo no es la solución de todos nuestros problemas pero sí un primer paso para explorar y organizar un laberinto que nos es en buena medida desconocido.

Nuestros principales conceptos y prácticas democráticas fueron diseñados en un momento de relativa simplicidad social y política, antes de los grandes conflictos sociales, sin el pluralismo social y político que existe actualmente, con productos y tecnologías que no eran nada sofisticadas si los comparamos con los utilizados actualmente, en medio de condiciones de gobierno relativamente sencillas y sin el volumen de interacciones que

determinan actualmente el contexto de cualquier decisión. Las ideas de legitimidad, soberanía, representación o autoridad respondían a esta simplicidad donde no había espacio para la interdependencia, inabarcabilidad y aceleración que caracteriza a nuestras actuales democracias.

No era solamente la simplicidad de los espacios abarcables, sino también la de los conceptos. Ciencia moderna y democracia moderna eran empresas íntimamente relacionadas. El mundo calculado por Newton o Laplace era el mismo que aquel cuyo gobierno formularon Rousseau o Adam Smith, aquel en el que nuestra Ilustración vasca desplegó aquel proyecto que unía ciencia y gobierno. Era la época de la visión mecánica del mundo, de la ciencia moderna y sus categorías epistemológicas. No es de extrañar, por tanto, que los conceptos básicos de la teoría política procedan de una física social elaborada con las categorías mecanicistas del mundo natural. Mientras la ciencia ha cambiado buena parte de sus paradigmas, los conceptos centrales de la teoría política no han llevado a cabo la correspondiente transformación. Nuestros modelos de decisión, previsión y gobierno siguen estando basados en unos criterios de verosimilitud que no se cumplen en las condiciones de una profunda complejidad.

Cuando me pidieron en la Sociedad Baskongada que indicara una ilustración para la convocatoria de este acto, lo primero que me vino a la cabeza es el cuadro del Juramento del Jeu de Paume, que representa aquella concentración de los revolucionarios franceses en la que se conjuraron a no salir de aquel lugar hasta que ho hubieran debatido y redactado la nueva constitución. Un espacio en el que las clases pudientes de Versalles jugaban el Juego de la Manzana, algo muy parecido a nuestros frontones de Iparralde. Recuerdo haber dado una conferencia en ese mismo lugar hace diez años, cuando fue rehabilitado para actos públicas, rodeado de las esculturas de quienes habían participado en aquellos debates fundadores de lo que es nuestra democracia moderna. (Por cierto: debajo de casi todas las esculturas se

indicaba cuándo había sido guillotinado cada uno). La pregunta que me hago es la siguiente: si nos conjuramos hoy en día, como entonces aquellos, a no parar hasta que el mundo tenga un formato político y democrático, ¿quiénes y dónde deberíamos reunirnos? ¿El G20, la ONU, las redes sociales? Esta es la dificultad que me obsesiona e ilusiona, y en la que espero trabajar los años que me queden de vida investigadora.

Hay que volver a pensar las formas de gobierno en la era de las redes y de la complejidad organizada. Las formas rústicas de gobierno que eran apropiadas para sociedades relativamente sencillas deben ser más sofisticadas y complejas para la sociedad del siglo XXI. En primer lugar, tenemos que ampliar nuestros esquemas conceptuales para incluir una mayor contingencia, dinamismo e inseguridad. Se trataría de superar la visión mecanicista y determinista que piensa en regularidades previsibles y efectos causales. Nuestro gran desafío es transformar la información en conocimiento, anticipar los riesgos, gestionar la ignorancia, actuar con criterios de sostenibilidad y consideración del futuro.

Se abre por delante un desafío práctico porque una complejidad así entendida exige una mejora de nuestros procedimientos de decisión y nuestra capacidad estratégica. Tenemos que aprender a manejarnos en escenarios de mayor inestabilidad a la hora de construir ciudades y sistemas de energía inteligentes, prevención de conflictos, lucha contra el cambio climático, combate contra la pobreza, inestabilidad financiera, degradación medioambiental o gestión de las crisis. La insatisfacción frente a nuestros sistemas políticos procede en buena medida de ese contraste entre los viejos instrumentos y las nuevas realidades. Muchas de nuestras malas decisiones, crisis y fracasos de gobierno tienen su origen en este desajuste conceptual y práctico. El actual incremento de la complejidad demanda una profunda revisión de nuestras concepciones de la democracia y nuestras prácticas de gobierno.

Parto de la hipótesis de que no hemos extraído aún todas las consecuencias que para el mundo político se deducen de la crisis del modelo científico clásico y su superación en la investigación de los sistemas complejos. La consideración de la complejidad que llevan a cabo las ciencias de la naturaleza, la física o la biología, puede proporcionarnos algunas claves para transitar hacia una nueva política de la incertidumbre, pero también de la apertura y el aprendizaje colectivo.

A partir del análisis de asuntos como el calentamiento global, la probabilidad de catástrofes naturales, la complejidad de la vida y la salud, el funcionamiento del cerebro, las enfermedades y los virus, estas ciencias analizan sistemas de elevada complejidad. En todos esos casos lo que se estudia es cómo se produce el orden a partir de tal inestabilidad, pero también el caos y la destrucción, desde los sistemas moleculares hasta las interdependencias económicas. En general, todas las ciencias (quizás salvo en las ciencias de la política) están de acuerdo en que el mundo no es un sistema perfectamente ordenado y reducible a ecuaciones matemáticas sino más bien orgánico y algorítmico, es más una entidad viva que mecánica, de manera que las ciencias sociales están más cerca del ámbito biológico que del físico.

Es lo que se comprueba al analizar sistemas complejos como los organismos vivos, la atmósfera, las enfermedades, los nichos ecológicos, las entidades políticas, las comunidades o las organizaciones. Pero también hay ejemplos simples de no linealidad que se manifiestan en la vida cotidiana: el bote de mermelada que no conseguimos abrir tras muchos esfuerzos infructuosos, pero que se abre de un solo golpe (efecto de umbral); en la mayonesa que se fusiona en un solo instante y no poco a poco; en la formación de los huracanes, en los embotellamientos, en las revoluciones... Igualmente hay muchos casos de auto-organización en sistemas que se estructuran sin “jefe de orquesta”, sin centro organizador, como ciertos grupos de animales, o la auto-organización de los sistemas neuronales, que puede servir de

modelo para el autogobierno de sociedades complejas, que no cuenta con una autoridad central y que se reajusta de acuerdo con un procedimiento de aprendizaje adaptativo. Internet y las redes sociales son otro ejemplo de sistema complejo que se organiza sin una autoridad central, por contraste con el mundo de las viejas conexiones telefónicas. Las estructuras de los sistemas complejos no son explicables por la intervención de un elemento central, sino sólo a partir de la interacción de sus elementos. Pensemos en la complejidad de la meteorología, a la que se parece cada vez más la volatilidad electoral, la multifactorialidad de la política, la intrincada relación entre lo local y lo global o la formación de las burbujas económicas. Una noción particularmente extraña al pensamiento lineal es la emergencia de procesos que transforman la insatisfacción en revolución, el miedo de muchos se convierte en pánico colectivo y las preferencias individuales crean un producto social y una moda. O la causalidad circular, que permite entender por qué, tan frecuentemente, una acción termina en un resultado diferente del que se había pretendido. Es lo que pasa cuando la represión política fortalece las protestas fabricando mártires, cuando al tratar de disminuir la deuda pública mediante la austeridad se la aumenta al limitar la actividad económica y el consumo que podría dar lugar a unos mayores ingresos para el estado...

Conocemos mejor el universo físico que el mundo social y económico. Este contraste se debe a la dificultad del asunto, sin duda, pero también al hecho de que buena parte de nuestros sistemas políticos y sus actores funcionan con unos conceptos que presuponen un orden de causalidad, funcionalismo, reduccionismo, predicibilidad y determinismo que sólo tenían sentido en la ciencia de hace doscientos años. Mientras que la noción de sistemas complejos es relativamente nueva en las ciencias sociales, los científicos de la naturaleza la han estudiado desde hace varias décadas. Se ha trabajado mucho acerca de la complejidad natural y muy poco sobre la política de la complejidad. La teoría

política de los sistemas sociales complejos está por desarrollar. El propósito que mueve en estos momentos mi investigación es precisamente elaborar una filosofía política acorde con una epistemología de la complejidad.

A la hora de gestionar la complejidad, el problema es que, como afirmaba el zoólogo austriaco Rupert Riedl, los seres humanos hemos salido de la era industrial con un cerebro de la prehistoria, es decir, genéticamente programado para pensar linealmente, en cadenas causales aisladas y con una tendencia a buscar culpables demasiado identificables para problemas que son complejos.

Los sistemas complejos, con entornos dinámicos y pluri-contextuales, se resisten a ser comprendidos y dirigidos de acuerdo con un planteamiento simplificador. Las estrategias para actuar en esta nueva constelación tienen que ser reconsideradas. Actuar como se ha hecho siempre ante situaciones parecidas es una decisión cuya razonabilidad disminuye cuando aumentan las situaciones que son inéditas; equivale a hacer como aquel que buscaba la llave perdida en un sitio que había luz y no dónde la había perdido. Gobernar significa hoy hacerlo en situaciones de racionalidad limitada, con interdependencias de difícil identificación, en medio de inestabilidades y fluctuaciones catastróficas. Se trata de conocer la dinámica de esas interacciones para ganar capacidad de configuración sobre la complejidad social.

La enseñanza fundamental del pensamiento complejo y no lineal para la política es que no estamos en unas sociedades en las que a cada acción le sigue un resultado seguro y predecible, por lo que cualquier proyecto de intervención sobre ellas tendrá que aprender a desenvolverse con estrategias más reflexivas y sutiles, gestionando la incertidumbre creciente en cuanto a la eficacia de sus intervenciones. Incluso las regulaciones y tratamientos de los riesgos originan también su propio riesgo. Toda intervención en un sistema con su propia dinámica sea una

estructura psicológica, una organización o la sociedad misma es problemática porque cuanto más complejo es un sistema menos transparente es para quien lo observa o interviene desde fuera e incluso para sí mismo. Esto explica el fracaso de muchas políticas, como las iniciativas legislativas que o bien no resuelven el problema que se pretendía o lo hacen al tiempo que generan otro distinto, o la incorregible tendencia de la política a convertirse en una gesticulación sin consecuencias, a posponer los problemas urgentes y girar en torno al presente inmediato.

Desde este nuevo contexto, el problema al que nos enfrentamos es el de pensar y poner en práctica una gobernanza inteligente para una sociedad compleja. A partir de la crisis del estado planificador, el paisaje político se ha llenado de constataciones acerca de la dificultad de gobernar y apenas ha habido propuestas acerca de cómo hacerlo en medio de los actuales condicionantes. La idea de gobernanza democrática surge precisamente como respuesta a la constatación del agotamiento de la jerarquía como principio ordenador de las sociedades. Los sistemas complejos no pueden ser gobernados desde un vértice jerárquico, lo que supondría una simplificación que no se corresponde con la riqueza, iniciativa y pericia de sus elementos. El manejo de la elevada complejidad plantea numerosos problemas que vencen a cualquier estrategia jerarquizadora: quien debe decidir desconoce la dinámica temporal de los sistemas complejos, pues generalmente no tiene toda la información, no incluye el desarrollo temporal en sus cálculos, y cuando lo hace tiende a favorecer las extrapolaciones lineales; ignora los efectos laterales, los desarrollos exponenciales; piensa en cadenas causales en vez de en redes y circularidades; se preocupa preferentemente de los detalles, de lo inmediato, minusvalorando las conexiones y la panorámica; a menudo adopta soluciones según el radicalismo de todo o nada que empeoran el problema.

Y es que una autoridad centralizada no puede en principio motivar ningún comportamiento cuando se trata de iniciativa,

innovación o compromiso de los ciudadanos y choca con la resistencia de sus destinatarios en una época de creciente deseo de autogobierno. En una sociedad del conocimiento disminuye la disposición a aceptar las decisiones adoptadas de manera jerárquica o poco transparente. Las leyes y los ordenamientos establecidos a partir de formas jerárquicas de decisión son solamente una de las formas posibles de regulación política. Otras estructuras en las que el estado no adopta el monopolio de la regulación sino que actúa como uno más entre otros actores o mediante procedimientos participativos o federales pueden producir mejores efectos políticos tanto desde el punto de vista de la efectividad como de la legitimación de las decisiones colectivas. Esto es válido tanto en el ámbito de las ciudades, como en el interior de los estados, a nivel europeo o en el espacio global.

Un mundo reticular exige una gobernanza relacional. Las redes requieren instrumentos más complejos como la confianza, la reputación o la reciprocidad. Estas nuevas constelaciones exigen innovación institucional en los procesos de gobernanza y superar las clásicas rutinas administrativas. En sociedades complejas los modelos y procedimientos para gobernar no pueden pretender una forma de unidad que anule la diversidad; gobernar es gestionar la heterogeneidad.

Me resisto a conceder que la complejidad social hace imposible el gobierno democrático. ¿Por qué se ha de limitar la democracia a las épocas de prosperidad, abarcabilidad y eficiencia, por qué debemos considerarla incompatible con la complejidad y las crisis? Mi hipótesis, muy al contrario, es que la democracia es el sistema de gobierno más adecuado para gobernar la complejidad del mundo actual y que, inversamente, la complejidad representa una gran oportunidad de profundización en la democracia.

El mundo que ahora comprendemos con categorías científicas complejas no sólo implica una mejor descripción de la realidad sino permite un mayor espacio para la libertad política.

Frente a lo que parece, *la complejidad puede ser así un factor de democratización*. Nos faltan mecanismos y procedimientos para aprovechar la inteligencia distribuida de una sociedad que es cada vez más diferenciada y especializada en diversas esferas de competencia y saber experto. Es este un verdadero desafío democrático, si lo comparamos con las formas de decisión del antiguo régimen o con ciertas simplificaciones de la democracia en la época del estado nacional. Cuando son el rey, los nobles, los expertos o el electorado los que deciden, es muy fácil cometer errores porque es muy limitada la capacidad de los actores para elaborar la información. La transformación de la democracia está vinculada hoy a la capacidad de introducir en el proceso de formación de la voluntad política toda la riqueza de las ideas, las experiencias, las perspectivas y las innovaciones de una sociedad descentralizada y que no tolera la lógica de los procedimientos jerárquicos de decisión.

Democracia y complejidad no son exigencias contrapuestas, sino dos aspectos de una misma dificultad: la de gobernar teniendo en cuenta la variedad de requerimientos que se plantean en un sistema plural. El futuro de la democracia depende de su capacidad de articular esa creciente complejidad y desarrollar formas de gestionar unos sistemas sociales menos vinculados a la simplificación del estado nacional, interdependientes, con propiedades emergentes y riesgos de difícil identificación y gestión.

Estoy convencido de que si los caballeritos de Azkoitia vivieran hoy (además de que habría también muchas mujeres en ese grupo selecto), estarían trabajando en un proyecto semejante. Si descubrieron el wolframio y, al mismo tiempo, estaban en diálogo con la teoría política que desarrollaba Rousseau en aquellos momentos, actualmente estarían en la vanguardia del conocimiento de las ciencias de la naturaleza y también explorando los nuevos modos de gobernar la realidad social. Dejadme que recuerde a Altuna, por quien siento una debilidad especial, que

murió prematuramente, pero estaba llamado a hacer una teoría democrática gracias a su relación con Rousseau. Y permitidme que considere que el Instituto de Gobernanza Democrática se entienda a sí mismo como el continuador de lo que Altuna no llegó a hacer. A nosotros que nos reclamamos los herederos de aquella empresa teórica y práctica nos corresponde realizarlo en la Euskal Herría y en el mundo del siglo XXI.

Politika birpentsatu eta demokrazia hobetzeko proiektu hau da Gobernantza Demokratikoaren Institutuak eta nik neuk Gipuzkoako gizarteari, euskal gizarteari eta, orokorrean, munduko gizarteari eskaini nahi dioguna. Hemendik aurrera, gainera, Euskalerrriaren Adiskideen Elkarteko zenbakizko bazkide bezala horretarako lan egingo dut.

Mila esker hemen zaudetenoizuen babesagatik.